

polución y su geometría es fijada con unos diques que siguen el ritmo del Eixample. La Villa Olímpica se ejecuta con la intervención de una docena de arquitectos y los distintos edificios siguen la escala urbana de Cerdà, reduciendo la densidad, produciendo un barrio de viviendas e incorporando los servicios de la residencia central actual.

En paralelo, otros pequeños *downtowns* se desarrollan en los intersticios vacíos como en Glorias, Tarragona o en la Diagonal. Cada proyecto trabaja con programas funcionales específicos en los que se comparten las necesidades objetivas de la promoción con ciertas condiciones urbanísticas de esta nueva «pieza urbana» respecto de los barrios existentes y colindantes. Puede ser la manera de promover un *partnership* público-privado, en el que la calidad de los espacios y de los edificios no sea una componente lateral. En l'Illa de la Diagonal, el edificio se convierte en un *landmark* de la mayor avenida de la ciudad y el proyecto incluye por cuenta de la promoción dos escuelas públicas, una nueva conexión viaria subterránea y un enorme jardín público en una zona residencial densa necesitada de esponjamiento.

En estos proyectos la experiencia de Barcelona revela la necesidad de poner en conjunción la solución de las grandes infraestructuras (viarias, de saneamiento, etc.) y servicios (parques, escalas, etc.) con el espacio urbano que las rodea no solamente como una condición de contexto, sino sobre todo porque son los espacios que les pueden conferir un verdadero sentido urbano.

Esta condición permite establecer nuevas relaciones entre artefacto construido y medio ambiente, como por ejemplo, en el caso de la Torre de Comunicaciones de Foster, en medio del parque de Collserola, que justifica el esfuerzo de componer un elemento de 268 metros de alto en la cima del monte con un fuste mínimo de 4,5 metros de diámetro para reducir el efecto de su impacto ambiental.

\* \* \*

En la reciente experiencia de Barcelona se ha podido contar con dos hechos singulares: una gran capacidad política de la municipalidad y el hecho de que en 1986 fuera aceptada su candidatura olímpica para 1992. Aquí se observa cómo otras ciudades buscan también el dinamismo de la fecha fija: Lisboa en 1998 con su Expo, Roma el 2000 con su Jubileo, incluso Barcelona quiere ensayarlo de nuevo en el 2004 con el «Forum de las Culturas». Sin embargo observamos también otros grandes proyectos en Europa con satisfactorios resultados como K+Z en Rotterdam o las rehabilitaciones de Lyon, que no comparten el compromiso de la fecha fija, que por otro lado tiene el inconveniente de presionar a veces indebidamente algunas partes del proyecto y por otro, de obligar a proyectar simultáneamente en doble ciclo: uno para el evento y otro para la ciudad futura.

También en estos proyectos observamos la búsqueda de objetivos precisos, la atención a las fórmulas de concierto a partir de «piezas» de forma urbana y de infraestructura urbana bien contextualizadas. La logística de estas operaciones tiende a ser diferente de los clásicos servicios burocráticos y se crean *task forces* con objetivos bien definidos, en parte por la administración, pero también con abundancia de servicios privados externos.

En cualquier caso, éstos serían gran parte de los ingredientes de la discusión del proyecto urbano en la actualidad, que nos hace pensar en el enorme campo de trabajo en las ciudades, con situaciones específicas muy diferentes, pero que a partir de la lógica de la movilización de esfuerzos, las oportunidades existentes nos permiten convertir algunos puntos problemáticos de las ciudades en espacios de innovación y de dinamismo. Precisamente, esto ocurre en una situación de cambio profundo de nuestros sistemas urbanos, en los que apreciamos fenómenos de cambio en las funciones principales y en la aparición de nuevas infraestructuras casi sin canales fijos que con limitados centros emisores posibilitan el desarrollo de la ciudad con formas sin precedentes. Ahí comprobamos situaciones de discontinuidad más fuertes y heterogeneidades entre piezas urbanas con órdenes diferentes. Nos parece que podemos entender este nuevo territorio sin negar los esfuerzos de valorización de la ciudad existente como los reseñados, pero sin duda nos obliga a validar estos nuevos instrumentos de intervención según las nuevas realidades. Debemos ser conscientes de la complejidad de la nueva situación tan abierta en mecanismos decisionales, en fuerzas urbanas y del mercado en presencia. Sin embargo, parece necesario un gran esfuerzo desde las disciplinas del diseño para ser capaces de encontrar reglas de juego que permitan resultados urbanos interesantes y canalicen adecuadamente el desarrollo endógeno del que cada ciudad dispone. Esta nueva cultura urbana hará descubrirnos los valores de la ciudad desde la mutación que envuelve cada edificio o espacio urbano; también concentrar nuestros esfuerzos en los «puntos fuertes» de la forma de estos nuevos territorios que ofrecen sin duda otros estímulos y encantos. En definitiva, cada generación debe reentender los problemas «básicos» del territorio urbano y articular con ambición las propuestas que puede ejecutar. Sólo así cabe comprender el nuevo frente marítimo de Barcelona como ejecución de una idea de largo alcance, con los medios y capacidades que la generación de los noventa supo impulsar. A partir de ahí en Barcelona y en cada ciudad se abren nuevos potenciales y nuevos temas para el cambio de siglo.

**Joan Busquets**

**CALLEJERO**



Manuel Puig por Jesse Fernández (Nueva York, 1971)